

Migrantes y minorías en la fuerza de trabajo

EL EMPLEO de los trabajadores extranjeros se ve influido con fuerza por las amplias tendencias de la macroeconomía. Esto se hizo evidente en Europa occidental cuando el empleo de mano de obra extranjera se estancó o declinó de manera generalizada entre 1975 y 1985; periodo de recesión y reestructuración. Sin embargo, para 1997 podía discernirse un patrón general de aumento en la migración internacional hacia el área de la OCDE (OCDE, 2001). Estaba relacionado con factores como el crecimiento espectacular de la economía estadounidense y la recuperación asociada de las economías de Europa occidental y una creciente demanda de mano de obra altamente calificada en muchos de los países de la OCDE. La mayor parte de la inmigración hacia los países de la OCDE, empero, continuaba bajo las autorizaciones de reunificación familiar más que por razones económicas.

Los eventos del 11 de septiembre del año 2001 contribuyeron a la recesión global. A lo largo de la historia, los trabajadores migrantes habían sido afectados en forma desmesuradamente adversa por las caídas económicas; además, había cierta evidencia de ello en Estados Unidos en los meses siguientes a los ataques, y en Malasia, donde decenas de miles de migrantes, provenientes sobre todo de Indonesia, fueron deportados en el año 2002, cuando el gobierno buscó poner en práctica regulaciones más estrictas para la inmigración. A pesar de los temores respecto a las posibles consecuencias económicas negativas de la guerra contra el terrorismo, el prospecto a corto y mediano plazos para la migración global en busca de empleo continuó bastante sólido en el primer aniversario del 11 de septiembre.

En 1986, la reunión de la OCDE sobre el futuro de la migración identificó las razones que subyacen a los prospectos a largo plazo para el crecimiento del empleo de inmigrantes: el envejecimiento de las sociedades occidentales, los desequilibrios demográficos entre regiones desarrolladas y en desarrollo en estrecha vecindad entre sí, el abismo entre el norte y el sur, la demanda continua de los patrones de mano de obra extranjera y el crecimiento de la migración

ilegal (OCDE, 1987). Además, durante la reunión se enfatizó la necesidad de comprender a la inmigración en su contexto global como algo vinculado de manera inextricable con las políticas económicas y exteriores, los desarrollos en el comercio internacional y la interdependencia creciente.

Este libro ha mostrado de qué manera la mayoría de los movimientos posteriores a 1945 empezaron como migración laboral, organizados a menudo por los patrones y los gobiernos. Con el tiempo los movimientos han cambiado su carácter, con una participación creciente de los migrantes no económicos, incluidos dependientes y refugiados. Los migrantes económicos se han diferenciado también, con una participación creciente de personal altamente calificado y empresarios. Las teorías de la migración laboral basadas en la economía política, que se desarrollaron en los años sesenta y setenta, enfatizaban el papel crítico de los trabajadores migrantes para aportar mano de obra poco calificada en la industria de la manufactura y en la construcción, y para limitar el crecimiento de los salarios en estos sectores. En la etapa posterior a la Guerra Fría, se desarrolló la necesidad de reexaminar esta economía política bajo la luz de las transformaciones del trabajo temporal al establecimiento permanente y la creciente diferenciación económica de los trabajadores migrantes. Entre las preguntas clave a plantear están las siguientes:

1. ¿Cuál fue el impacto en los trabajadores migrantes la reestructuración económica desde los setenta?
2. ¿Han persistido los modelos de segmentación en el mercado de trabajo por origen étnico y género surgidos en los años setenta, o se han dado cambios significativos?
3. ¿Qué variaciones se dan en los patrones de empleo según los criterios de antecedentes étnicos, género, tiempo de haber llegado, tipo de migración, condición legal, educación y entrenamiento?
4. ¿Qué variaciones se dan entre los países de inmigración, en especial en lo que tiene que ver con el alcance de la economía subterránea y cómo pueden explicarse?
5. ¿Cuál es la situación de los inmigrantes de segunda generación y las subsecuentes en el mercado de trabajo?, ¿se transmiten las desventajas de generación en generación?
6. ¿Es la discriminación institucional o informal un determinante de importancia para el empleo y la condición socioeconómica?
7. ¿Qué estrategias han adoptado los migrantes para tratar las desventajas en el mercado de trabajo (por ejemplo, el autoempleo, los pequeños negocios, la ayuda mutua, encontrar “nichos étnicos”)?

Este capítulo aborda las preguntas anteriores al analizar algunos de los principales hallazgos teóricos y empíricos respecto a los inmigrantes y los mercados laborales desde los años setenta. Se examina la complejidad creciente de los efectos del mercado de mano de obra inmigrante, junto con el material que ilustra las tendencias transnacionales en la segmentación del mercado de trabajo y la creciente polarización de las características del mercado de mano de obra inmigrante. Se incluye un estudio de caso de la evolución del empleo de extranjeros en las industrias automotrices y de construcción, para demostrar los efectos adversos de la reestructuración económica desde inicios de los años setenta sobre la mano de obra extranjera en ciertas industrias, e ilustrar los procesos de segmentación del mercado de trabajo.

Los migrantes en la economía informal

La comprensión del rol clave jugado por el empleo de muchos migrantes en la economía informal se ha incrementado desde mediados de los años setenta. Los estudios de los extranjeros legalizados, en particular, han aportado un conocimiento más profundo (OCDE, 2000: 53-78). A medida que los gobiernos intentan evitar el empleo ilegal de los extranjeros, requieren una mejor comprensión de la dinámica del mercado de trabajo en sectores de los que se sabía empleaban grandes cantidades de extranjeros en forma ilegal. Los que incluían de manera característica la mano de obra intensiva, eran la agricultura, la construcción de edificios, la jardinería y el mantenimiento de áreas verdes, la industria del vestido, hoteles y restaurantes, servicios domésticos, servicios de mantenimiento y limpieza, enfermería y, en Estados Unidos, la industria de empaclado de carnes.

La demanda de trabajadores migrantes por los patrones persistía con frecuencia en sectores a pesar de la recesión y las altas tasas de desempleo de los ciudadanos. El empleo de los extranjeros que cumplían los requisitos persistía también frente a la puesta en práctica de sanciones contra los patrones y otras medidas que pretendían evitar el empleo ilegal (véase capítulo 4). En efecto, extranjeros que cubrían los requisitos legales para el empleo y algunos ciudadanos franceses con antecedentes inmigrantes afirman que debieron presentarse como extranjeros ilegales con objeto de conseguir trabajo agrícola en el sur de Francia.

Como se esbozó en el capítulo 3 respecto al sur y norte de Europa, las dimensiones y la naturaleza de la economía clandestina varían de un país a otro y de una región a la siguiente. También hay variaciones importantes en la voluntad y las capacidades de los gobiernos para regular los mercados de fuerza de trabajo. Prácticamente toda la migración laboral hacia el sur de Euro-

pa en décadas recientes se ha dirigido hacia el empleo en el sector informal (Reyneri, 2001).

Algunas investigaciones recientes, centradas en la migración ilegal y el contrabando de extranjeros, ven estos procesos como una forma no problemática de responder a las demandas del mercado de trabajo; además, sitúan los problemas en otra parte: los esfuerzos gubernamentales por regular la migración internacional (Harris, 1996). Tales visiones expresan también los países como México que envían la mano de obra y ven la migración ilegal de sus ciudadanos como impulsada por la demanda no cubierta de mano de obra en los países de destino. Estas perspectivas a veces presentan el empleo ilegal como heroico, enfatizan que los trabajadores migrantes pueden mejorar su bienestar socioeconómico en general y el de sus familias, al igual que el del país receptor por medio de ese empleo. Usando datos del Banco Mundial, que divide al mundo en 22 países de “alto ingreso” y 110 de “mediano y bajo ingreso”, Martin y Taylor calcularon que la persona promedio que se va de uno de estos últimos a uno de los primeros incrementa su ingreso en 10 o 20 veces (Martin y Taylor, 2001: 98). El significado de las remesas de los salarios hacia los lugares de origen se examinó en los capítulos 5 y 6.

Los gobiernos y las sociedades en los países que reciben grandes cantidades de trabajadores migrantes no autorizados, en ocasiones prefieren ignorar el flujo de llegada o verlo como benigno. Tal era el caso de Francia hasta alrededor de los años setenta. Pero es mucho más común que tanto la existencia de una economía clandestina como el papel que juegan los trabajadores migrantes en ella sean vistos como fuera de la ley y socialmente dañinos. Eso es lo que motivó la adopción de sanciones contra los patrones y otras medidas para castigar el empleo ilegal, no sólo de los extranjeros sino incluso de los ciudadanos. ¿Qué explica esta persistencia de la economía clandestina y del empleo ilegal de migrantes en ella?

En muchos casos, los gobiernos simplemente carecen de los recursos necesarios o la voluntad política para hacer cumplir sus leyes y reglamentos. El caso de los jornaleros mexicanos en Estados Unidos es particularmente ilustrativo. En 1970, según Philip Martin, había unos 750,000 residentes en Estados Unidos nacidos en México; en el año 2002 había más de nueve millones. Martin calcula que el 95 por ciento de los nuevos ingresos de mano de obra en cada temporada agrícola son de personas nacidas en el extranjero. Muchos mexicanos empiezan así su estancia en Estados Unidos como jornaleros ilegales. Martin calcula que de los 1'800,000 jornaleros empleados en la producción de alimentos básicos (algo distinto de la cría de ganado), más de la mitad estaba empleada de manera ilegal en el 2002 (Martin, 2002). Los jornaleros constituyen el segmento más pobre de la sociedad estadounidense y las tendencias

migratorias en los años ochenta y noventa estuvieron claramente ligadas con una pobreza creciente en las áreas rurales, por ejemplo en California (Taylor *et al.*, 1997).

Mientras que los empleados en la agricultura de mano de obra intensiva con frecuencia hacen surgir el espectro de la falta de mano de obra y de las cosechas que se pudren en los campos, es característico que exista un superávit de mano de obra. Una consecuencia es la depresión de los salarios. Los salarios de los trabajadores se estancaron en los años ochenta y noventa, sobre todo por la llegada de inmigrantes ilegales (Taylor *et al.*, 1997: 13-14). Una segunda razón es que los patrones tienen pocos incentivos para mejorar las condiciones de trabajo o las técnicas de administración. La sindicalización de los jornaleros en Estados Unidos entre 1965 y 1975, en particular en California, logró algunos progresos entre 1965 y 1975 con efectos saludables para los salarios. Pero éstos decayeron después en parte debido a que los terratenientes acudían a los contratistas de mano de obra agrícola (Taylor *et al.*, 1997: 14-16).

Con frecuencia se afirma que los ciudadanos estadounidenses evitan el trabajo agrícola, opiniones que encuentran eco en países como Alemania, Francia, España e Italia. Sin embargo, la supuesta “dependencia” de la agricultura de mano de obra intensiva respecto a los trabajadores migrantes requiere de un cuidadoso escrutinio. A menudo los propietarios están exentos de cumplir con reglas y reglamentos que se aplican en sectores no agrícolas. Además, las extensiones de tierra sembradas con productos que requieren de mano de obra en forma intensiva, primordialmente frutas y verduras, a menudo se ven incrementadas bajo la suposición de que estará disponible una holgada cantidad de trabajadores extranjeros. A medida que la globalización ha permitido que a lo largo del año exista oferta constante de frutas y verduras en los países más desarrollados, hay razones para poner en duda si una amplia producción agrícola de mano de obra intensiva en esos países constituye algo deseable, en particular si la producción compite con las exportaciones agrícolas de los países menos desarrollados, con altas tasas de desempleo, subempleo y emigración. Desde la perspectiva de las políticas públicas, en especial las dirigidas contra la migración ilegal, la producción agrícola de fuerza de trabajo intensiva ocurriría de manera óptima en áreas con una ventaja comparativa en lo que se refiere a costos de producción y comercialización. El alcance del empleo ilegal de extranjeros en la agricultura que requiere fuerza de trabajo intensiva dentro de los países más ricos no se limita a la explotación de los trabajadores migrantes, a quienes se les pagan bajos salarios, que por lo general trabajan en condiciones difíciles a merced de sus patrones. Es frecuente que los trabajadores agrícolas extranjeros y sus dependientes se vean forzados a habitar viviendas de baja calidad y a experimentar la segregación y el racismo. Las expresiones de violencia

antiinmigrante en España en el año 2001 y en el sur de Francia a principios de los setenta estaban muy relacionadas con las tensiones sociales que giraban sobre todo en torno al empleo ilegal de los jornaleros extranjeros (véanse capítulos 3 y 4).

Otros factores que explican la insistencia en la demanda por parte de los patrones de trabajadores sin autorización de empleo, incluyen el crecimiento de la subcontratación en sectores como la construcción, los textiles y los servicios de mantenimiento. Juega un importante papel el crecimiento de las industrias de servicio como los de mantenimiento del entorno y la jardinería en Estados Unidos y los domésticos prácticamente en todos los países desarrollados, incluso en países asiáticos y del medio oriente.

El debilitamiento de los sindicatos en la actual etapa de la globalización constituye otro factor de importancia. El empleo ilegal es poco usual en los sectores, firmas o industrias donde hay sindicatos fuertes. Aunque en Estados Unidos durante los años noventa, algunos de los más exitosos movimientos de sindicalización involucraron a trabajadores empleados en forma ilegal. Estos movimientos se dieron en un escenario general de caída en la sindicalización, además, contribuyeron a disparar el cambio en el liderazgo de la *EAT-COI* y su política hacia la migración ilegal que creó la estructura para la iniciativa de la migración entre México y Estados Unidos en el año 2001 (véase recuadro 2).

Como ha hecho notar Claude-Valentin Marie (2000), el trabajador ilegal de origen extranjero que labora en el sector informal puede ser considerado en muchas formas emblemático de esta era de globalización. Su precariedad, falta de derechos y flexibilidad, responden hoy a las exigencias de las firmas. En las circunstancias más extremas de explotación, los hombres, mujeres y niños objeto de tráfico se convierten en esclavos de nuestros días, en una cifra que a nivel mundial asciende a millones (véase capítulo 4).

Fragmentación creciente y polarización del empleo de los inmigrantes

Quizá lo más característico del empleo de los inmigrantes es la creación de núcleos o la concentración en puestos, industrias y sectores económicos particulares. La naturaleza sectorial de la concentración del empleo varía de un país a otro por factores históricos aunados a otras variables como las estrategias de los empresarios y los trabajadores extranjeros (OCDE, 1994: 37). El modelo de concentración del empleo de los inmigrantes dentro de un estado y una sociedad a menudo evoluciona con el tiempo. En Francia, un descenso en el empleo de extranjeros en las industrias automotrices y de la construcción desde 1973 ha encontrado su correlato en las nuevas concentraciones de extranjeros en un

sector de servicios que crece aceleradamente. Un estudio de la OCDE realizado en nueve países revelaba:

situaciones de contraste en la estructura de la fuerza de trabajo extranjera en comparación con el empleo nacional en cada tipo de actividad económica. El papel de la mano de obra extranjera difiere en los países incluidos en el estudio... A pesar de estas diferencias, las concentraciones de trabajadores extranjeros persisten en los sectores que con frecuencia son despreciados por los nacionales, aun cuando al mismo tiempo se ha dado una distribución de la mano de obra extranjera en todas las áreas de la actividad económica, en especial los servicios (OCDE, 1994: 37).

La persistencia de la segmentación en el mercado de trabajo es un tema común en muchos estudios sobre los inmigrantes y los mercados laborales. Castles y Kosack probaron la existencia de un esquema general de segmentación del mercado de trabajo entre los trabajadores nativos e inmigrantes en Europa occidental en los años setenta (Castles y Kosack, 1973). Collins considera el “impacto de la inmigración de la posguerra en el crecimiento y la fragmentación de la clase obrera australiana” como “uno de los aspectos más sobresalientes de la experiencia de la inmigración australiana” (Collins, 1991: 87). Un reporte del Departamento de Trabajo de Estados Unidos concluía:

La consecuencia actual más importante de la internacionalización, la reestructuración industrial y el crecimiento en el número de orígenes nacionales y el estatus legal de los nuevos inmigrantes es la diversificación de las condiciones bajo las cuales participan los recién llegados en el mercado de trabajo estadounidense. Hacen su entrada en el país con capacidades, recursos y motivaciones cada vez más diversos. Además, en una escala que está aumentando, arriban con diferentes estatus legales. A su vez, esta proliferación de estatus se puede convertir en nueva fuente de estratificación social y económica (U.S. Department of Labour, 1989: 18).

La gama y el significado de la diversidad del mercado de trabajo inmigrante se desdibuja por las perspectivas de política y de análisis que enfatizan la homogeneidad de los mercados laborales competitivos o los agudos contrastes entre los mercados de fuerza de trabajo primarios y secundarios (U.S. Department of Labour, 1989: 18). Es frecuente que carezca de sentido generalizar sobre los ingresos promedio y otros efectos de la inmigración en el mercado de trabajo; del mismo modo que carece de sentido asumir un interés general en las discusiones de la política de inmigración. La inmigración tiene efectos extremadamente desiguales sobre diferentes estratos sociales. Algunos grupos se benefician a partir de políticas que facilitan la expansión a gran escala de la migración de mano de obra extranjera, mientras que otros

se ven perjudicados (Borjas, 1999: 12-13). Quienes ganan son los grandes inversionistas y los patrones que están a favor de una inmigración extensa como parte de una estrategia de desregulación del mercado laboral. Quienes pierden son muchos de los propios migrantes, que se ven forzados a emplearse en puestos inseguros, donde son explotados, con pocas oportunidades de promoción. Entre los perdedores están también algunos miembros de la fuerza laboral ya existente, cuyos empleos y condición social podrían empeorar por tales políticas.

En los años ochenta hubo un repunte en la conciencia de que las fuerzas de trabajo de los inmigrantes se estaban tornando bipolares, con agrupaciones en los niveles más altos y más bajos del mercado laboral. El líder de la sección del ILO para los trabajadores migrantes llamó a la cantidad en ascenso de trabajadores extranjeros profesionistas, técnicos y sus parientes provenientes de Europa occidental, los migrantes “altamente invisibles”; según sus cálculos conformaban una cuarta parte de los residentes extranjeros que vivían legalmente en la antigua CE (Böhning, 1991a: 10). Los estadounidenses, canadienses, japoneses y europeos de los estados vecinos que no pertenecían a la CE, comprendían la mayor parte de esos migrantes altamente invisibles. No obstante, las poblaciones de residentes extranjeros, como los turcos en Alemania, estereotipados como obreros, incluyen además una cantidad sorprendente de profesionistas y empresarios.

Una polarización en las características del mercado de trabajo de los inmigrantes se hizo visible también en Estados Unidos. Borjas encontró un patrón general de disminución en la capacitación de las cohortes de inmigrantes posteriores a 1965, en comparación con las de inmigrantes anteriores. Lo cual es resultado de los cambios hechos en la ley de inmigración en 1965, que abrieron el país a la inmigración del mundo entero (véase capítulo 3). A medida que disminuyeron los ingresos de Europa occidental para favorecer los de Asia y América Latina, las diferencias entre las regiones en los parámetros socioeconómicos y educativos prevalecientes se vieron reflejadas en capacidades menores y mayor pobreza de los inmigrantes posteriores a 1965 (Borjas, 1990, 1999). Estados Unidos es mucho más atractivo a los mexicanos más pobres y menos privilegiados que para los mexicanos de clases media y alta, quienes muestran poca inclinación a emigrar de una sociedad marcada por la desigualdad extrema en la distribución del ingreso y en las oportunidades de vida (Borjas, 1990: 126). De ahí que apenas sorprenda que los jornaleros mexicanos que se legalizaron después de 1986 tuvieran en promedio apenas cuatro años de escolaridad.

La creciente polarización de los inmigrantes a Estados Unidos se hizo más aparente en las tasas de pobreza notablemente contrastantes de los diversos grupos nacionales de origen. La fracción de los inmigrantes provenientes de

Alemania e Italia que vivían en la pobreza era de 8.2 por ciento, mientras que los chinos y coreanos tenían tasas de pobreza de 12.5 y 13.5 por ciento, respectivamente; los de la República Dominicana y México sufrían de tasas que llegaban a 33.7 y 26 por ciento (Borjas, 1990: 148). De manera similar, Borjas encontró un fuerte vínculo entre un uso creciente de la beneficencia por parte de los inmigrantes y el carácter cambiante de la inmigración hacia Estados Unidos (Borjas, 1990: 150-162). Estas tendencias impulsaron a Borjas a defender los cambios en la ley de inmigración de Estados Unidos para aumentar el nivel de capacitación de los inmigrantes. El Acta de Inmigración de 1990 se proponía adjudicar casi el triple de visas reservadas para los trabajadores calificados, de 54,000 a 140,000 por año. Además, cada año se destinarían 10,000 visas para los inversionistas.

Como en Europa occidental, las proyecciones del mercado laboral para Estados Unidos alrededor de 1990 predecían un creciente déficit de personal altamente calificado. El Acta de Inmigración de 1990 estaba diseñada para aumentar la competitividad estadounidense en lo que era percibido como una competencia global por atraer fuerza de trabajo altamente capacitada. Al mismo tiempo, uno de los principales desafíos para el futuro que habría de enfrentar Estados Unidos se suponía que sería el de cómo encontrar trabajo con ingresos adecuados para las reservas existentes y proyectadas de trabajadores con poca o escasa capacitación, muchos de los cuales son miembros de minorías. No obstante, la defensa del reclutamiento temporal de trabajadores extranjeros para las industrias como los restaurantes y hoteles, la agricultura y la construcción, continuó a ambos lados del Atlántico, como en Alemania y Francia donde los patrones se quejaban de déficit de mano de obra a pesar de las tasas relativamente altas de desempleo. La política en torno a la segunda generación de políticas de trabajadores extranjeros temporales se examinó en el capítulo 4.

Un agudo patrón de segmentación del mercado laboral se hizo aparente también en Australia (véase capítulo 8). Collins identificó cuatro grupos de importancia:

1. varones nacidos en Australia, en países de habla inglesa y del norte de Europa, concentrados en forma desproporcionada dentro de los empleos burocráticos, de alta capacitación o de supervisión;
2. varones de países donde no se habla inglés que se concentraban densamente en los empleos de fabricación artesanal;
3. mujeres con antecedentes australianos o de habla inglesa en ventas y servicios de manera desproporcionada; y
4. mujeres con antecedentes en los que no se daba el habla inglesa que tendían a acceder a los peores empleos en las condiciones más precarias (Collins, 1978).

Para Collins: “quizá el punto crucial para comprender la inmigración australiana de la posguerra es que los migrantes de habla inglesa y los que no lo son tienen experiencias laborales muy diferentes” (Collins, 1991: 87).

Resulta por tanto evidente una segmentación en el mercado de trabajo dentro de las democracias industriales. Las divisiones tradicionales por género, que concentraban a las mujeres en el trabajo mal pagado y de bajo estatus, han sido abarcadas y reforzadas por las nuevas divisiones que afectan a los trabajadores inmigrantes de ambos sexos. A medida que se globaliza la migración, se dan brechas crecientes entre los inmigrantes y los no migrantes y entre distintas categorías de inmigrantes. Las tendencias futuras en el mercado laboral favorecerán la inmigración altamente calificada, pero la reserva de personas poco capacitadas que aspiran a inmigrantes es enorme y se ampliará exponencialmente en los años por venir.

La segmentación del mercado de trabajo lleva a la marginación de ciertos grupos en el largo plazo, incluyendo a muchos de los nuevos inmigrantes de orígenes no tradicionales. Por lo general no hay divisiones rígidas basadas en la raza, la etnicidad o la condición de ciudadanía. En cambio, algunos grupos han estado representados en forma excesiva en ciertas posiciones de desventaja. A los miembros de dichos grupos, les va bien como individuos en el mercado laboral, pero a la mayoría no. Las causas se encuentran no sólo en factores específicos como la educación, la duración de residencia, la experiencia previa en el mercado de trabajo o la discriminación. Por lo general se requieren explicaciones más complejas para dar una comprensión histórica de los procesos de migración laboral y de establecimiento, junto con su papel en una economía mundial cambiante.

Ciudades globales, empresarios étnicos y trabajadoras inmigrantes

Los patrones de migración internacional están estrechamente vinculados con los flujos de capital, la inversión, el comercio internacional, la intervención extranjera directa e indirecta de carácter militar, la diplomacia y la interacción cultural. El trabajo pionero de Sassen (1998) enfatizó cómo los patrones de inversión extranjera y de desplazamiento de ciertos empleos de la manufactura de Estados Unidos hacia fuera, han promovido nuevas corrientes migratorias hacia dentro (o han tendido a expandir los flujos previamente existentes). Sassen subraya la importancia del surgimiento de las ciudades globales como Nueva York o Los Ángeles, para comprender los futuros patrones de la migración. Los vínculos entre las ciudades globales y las distantes regiones dependientes crean paradojas en las que enormes riquezas y el empleo profesional ampliamente

remunerado, coexisten de manera conflictiva con el creciente empleo en la industria del servicio para personas escasamente capacitadas, en condiciones similares a las del Tercer Mundo para las industrias clandestinas. La informalización laboral y la creciente ilegalidad del empleo de los extranjeros son características de las ciudades globales. A menudo coincide un numeroso empleo de extranjeros con el alto desempleo de los ciudadanos y extranjeros residentes. Estos últimos es probable que pertenezcan a minorías y con frecuencia han sido las víctimas de las pérdidas de los puestos de trabajo en las industrias que han cambiado sus operaciones de manufactura hacia fuera del país.

Como se hizo notar en capítulos anteriores, algunos grupos inmigrantes han desempeñado tradicionalmente papeles clave en la economía como comerciantes y empresarios. Desde la recesión de los años setenta, un volumen creciente de investigaciones ha examinado a los empresarios inmigrantes y sus efectos. En las democracias industriales, una cifra creciente de inmigrantes se emplea a sí misma; estos son propietarios de pequeños negocios (Waldinger *et al.*, 1990). Lo más típico son los restaurantes étnicos, las tiendas de alimentos de “má y pá” y locales de venta al menudeo. Los negocios que son propiedad de los inmigrantes por lo general emplean a miembros de la familia del país de origen. Light y Bonacich, en su influyente estudio, *Immigrant Entrepreneurs* (1988), rastrean los orígenes de la comunidad empresarial coreana en Los Ángeles hasta la guerra de Corea, que llevó al establecimiento de extensos lazos transnacionales y eventualmente a la migración entre la República de Corea y Estados Unidos.

Los estudios en Francia enfatizaron de igual forma la compleja génesis de los empresarios inmigrantes. Abdelmalek Sayad, sociólogo francés, hizo notar que los “mercaderes del sueño” que proporcionaban alojamiento para los extranjeros ilegales, usualmente compatriotas, aparecían entre los primeros empresarios norafricanos en Francia (Vuddamalay, 1990: 13). En Alemania había 150,000 negocios propiedad de extranjeros en 1992, entre ellos 33,000 eran de los turcos, que generaron 700,000 puestos de trabajo en 1991 y registraron ventas por 25,000 millones de marcos alemanes (aproximadamente 17,000 millones de dólares) e invirtieron seis millones de marcos alemanes (*This Week in Germany*, septiembre 18, 1992: 4).

Los inmigrantes empresarios han sido evaluados de formas divergentes. Algunos académicos, como Fix y Passel, enfatizan el dinamismo económico de los inmigrantes empresarios con sus efectos positivos sobre el crecimiento económico y la calidad de vida de los consumidores:

La actividad empresarial de los migrantes mismos constituye otra fuente de creación de empleos. En 1990, casi 1.3 millones de inmigrantes (7.2%) eran autoem-

pleados, tasa marginalmente más alta que la de los nativos (7.0%)... Durante los años ochenta, los empresarios inmigrantes se incrementaron dramáticamente, en 1980 el 5.6% de los que vivían en Estados Unidos era autoempleado, pero para 1990 el mismo grupo de inmigrantes anteriores a 1980 (que había estado en este país por una década adicional) tenía una tasa de autoempleo de 8.4% (Fix y Passel, 1994: 53).

Una perspectiva más crítica pone énfasis en el sufrimiento humano que se deriva de la competencia intensa, las largas horas de trabajo, la explotación de la mano de obra familiar y de extranjeros ilegalmente empleados, los problemas sociales que se desencadenan, etcétera (Light y Bonacich, 1988: 425-435; Collins *et al.*, 1995). Los disturbios de 1992 en Los Ángeles revelaron una invisible tirantez entre los empresarios negros y coreanos en el área. Las tensiones entre ambos grupos se manifestaron en otras ciudades importantes de Estados Unidos, en fricciones que eran similares a los sentimientos antisemitas cuando se salieron de control los guetos estadounidenses en los años sesenta. Esas tensiones apuntan de nuevo a la necesidad de una aproximación amplia hacia la comprensión de la inmigración. La parte oscura de los empresarios inmigrantes se sintetizaba en un reporte de 1997:

La solidaridad étnica supuesta tiende a que se vean los negocios étnicos bajo otra luz, como excluyentes, con tendencias a formar clanes, presta a impedir el acceso a los negocios y las oportunidades de empleo a los nativos... Las transacciones informales de negocios en las comunidades inmigrantes que normalmente están reguladas por el chisme y el ostracismo a veces se pueden observar en formas claramente ilegales. Para algunos de los parientes involucrados, los tan valorados “fuertes lazos familiares” que mantienen abierta una tienda durante 24 horas al día pudieran, parecer explotadores e injustos. Incluso, hay razón para creer que el autoempleo migrante es más una estrategia de supervivencia que una indicación de éxito socioeconómico –más un bote salvavidas que una escalera (*Research Perspectives on Migration*, 1997: 11)

La investigación en los años ochenta y noventa iluminó un área todavía mayor en el conocimiento del rol que juega el mercado laboral de las mujeres inmigrantes. Houstoun *et al.* (1984) documentaron el predominio femenino en la inmigración legal a Estados Unidos desde 1930. Concluyeron que la estancia de las fuerzas militares estadounidenses en el extranjero desempeñaba un papel importante en ello. Hicieron evidente que casi unas 200,000 esposas de soldados, nacidas en Asia, residían en Estados Unidos a principios de los ochenta. Mientras que los migrantes varones en edad de

trabajar reportaban una tasa de participación en la fuerza de trabajo similar a la de los hombres del país (77.4 por ciento); las inmigrantes tenían menos probabilidades de reportar una ocupación que las mujeres estadounidenses. El patrón de polarización considerado previamente era mucho más pronunciado con las mujeres inmigrantes: se concentraban más en las ocupaciones altamente calificadas (28.1 por ciento) que las nativas, pero también lo hacían en los empleos de más bajo estatus en el trabajo burocrático (18.0 por ciento), los puestos operativos semicalificados en la manufactura (17.9 por ciento) y el trabajo para hogares privados (13.9 por ciento) (Houstoun *et al.*, 1984).

Los datos acerca del empleo femenino inmigrante en Australia revelaron una aguda segmentación. Collins y Castles utilizaron los datos del censo de 1986 para examinar la representación de las mujeres en la industria manufacturera. La cifra del índice 100 indica una representación promedio. Encontraron altos grados de representación excesiva para las mujeres nacidas en Vietnam (494), Turquía (437), Yugoslavia (358) y Grecia (315). Las mujeres nacidas en Estados Unidos (63), Canadá (68) y Australia (79) estaban subrepresentadas (Collins y Castles, 1991: 15). La concentración femenina en las industrias manufactureras que atravesaban por una reestructuración, las hacía desproporcionadamente vulnerables al desempleo. Se pensó que las mujeres inmigrantes con antecedentes en lugares en los que no se habla inglés estaban representadas en exceso en el trabajo de maquila para las industrias textiles, del calzado, electrónica, de empaques, de alimentos y verduras. Collins y Castles consideraban a estas trabajadoras como la sección tal vez más explotada de la fuerza de trabajo australiana (Collins y Castles, 1991: 19).

Morokvasic ha señalado que por lo general las mujeres inmigrantes de zonas periféricas que viven en las democracias occidentales e industriales:

representan una oferta de mano de obra que es a un tiempo la más vulnerable, la más flexible y, al menos al principio, la menos demandante. Se han incorporado en mercados laborales sexualmente segregados, el estrato más bajo de las industrias de alta tecnología o los sectores “más baratos” de aquellas industrias de mano de obra intensiva, que emplean el trabajo menos costoso para seguir siendo competitivas (Morokvasic, 1984: 886).

Los esquemas de migración laboral en la era posterior a la Guerra Fría siguieron con este tipo de incorporación del trabajo femenino; extendiéndolo a nuevas áreas de migración como el sur de Europa y el sureste asiático. La explotación de la mujer en el tráfico de personas se examinó en el capítulo 4.

Mano de obra extranjera en las industrias automotrices y de la construcción en Francia

En muchos países altamente desarrollados, los trabajadores migrantes se concentran marcadamente en las industrias automotrices y de la construcción. El que los patrones recurran a la mano de obra extranjera en estos sectores ha sido particularmente significativo –tanto en términos cuantitativos como políticos– en Francia. En el clímax de la inmigración laboral a inicios de los años setenta, unos 500,000 extranjeros estaban empleados en la industria de la construcción, esto es casi una cuarta parte de los extranjeros con empleo en Francia. En el ensamblado de vehículos automotrices había unos 125,000 extranjeros, lo que representaba uno de cada cuatro de los trabajadores de la industria automotriz. Sólo la industria de los servicios de limpieza tenía una tasa más alta de empleados extranjeros, en comparación con los empleados franceses en 1980 (M.J. Miller, 1984).

Los desproporcionados efectos de la recesión de los años setenta en los trabajadores extranjeros en la industria automotriz y de la construcción fueron incontrovertibles. Aunque los extranjeros representaban un tercio de los empleados del sector de la construcción, sufrieron entre 1973 a 1979 cerca de la mitad de las pérdidas totales de empleo; para 1989 habían descendido para representar el 17 por ciento de la fuerza de trabajo de la industria de la construcción (OCDE, 1992: 24). En la industria automotriz, el empleo total de hecho se incrementó en 13,000 para el mismo periodo, aunque los trabajadores extranjeros fueron golpeados fuertemente por los despidos, con una cifra que descendió a 29,000. Durante los años ochenta, decenas de miles de puestos de trabajo adicionales se perdieron, y los extranjeros se vieron afectados de manera desproporcionada.

Un reporte elaborado por la Fédération Nationale du Bâtiment, la principal asociación del sector de la construcción francesa, revela que el empleo total en el sector de la construcción declinó a 11.7 por ciento de 1974 a 1981. Pero la reducción del componente de trabajadores extranjeros, de alrededor de 150,000 empleos, representó una pérdida del 30 por ciento de la fuerza de trabajo extranjera en 1974, mientras que la disminución de 45,000 en la cifra de trabajadores franceses empleados representó tan sólo un descenso del 3.9 por ciento respecto a los niveles de empleo de 1974. En otras palabras, tres de cada cuatro empleos perdidos en la industria de la construcción de 1974 a 1981 habían sido de los extranjeros.

El empleo de estos trabajadores en las industrias de la construcción y automotriz alcanzó su máximo nivel en 1974, para sufrir luego una aguda contracción. No obstante, de acuerdo con una encuesta del Ministerio del Trabajo, los

trabajadores extranjeros todavía conformaban en 1979 el 28 y 18.6 por ciento de las fuerzas de trabajo de las industrias de la construcción y automotriz, respectivamente. Esto es aún más notable porque, además de detener el reclutamiento, el gobierno francés buscaba reducir el empleo de trabajadores extranjeros por medio de un programa que ofrecía incentivos en efectivo por la repatriación. También se dio un programa de *revalorisation du travail manuel*, que buscaba sustituir a los trabajadores extranjeros por franceses a través del mejoramiento de las condiciones de los trabajos manuales. Tanto los programas de repatriación como los de *revalorisation* tuvieron poco éxito.

Antes de 1974, la industria de ensamblado automotriz se caracterizaba por una alta tasa de rotación de los empleados extranjeros. Patrón que se alteró profundamente por la prohibición de reclutamiento de 1974. Consecuencias de importancia de la estabilización de la fuerza de trabajo extranjera fueron el envejecimiento de la fuerza laboral extranjera, su creciente sindicalización y cohesión sociopolítica al igual que el resentimiento por la discriminación percibida contra los extranjeros en términos de oportunidades en su carrera laboral. Para los años ochenta, la mayoría de los trabajadores automotrices extranjeros habían estado empleados por un mínimo de cinco años por su compañía. Por ejemplo, en la planta de Talbot-Poissy, en 1982, sólo uno de los 4,400 trabajadores manuales marroquíes empleados ahí había trabajado menos de cinco años. Unos 3,200 habían estado ahí por 10 años o más (Croissandeau, 1984: 8-9).

Es frecuente que los trabajadores extranjeros opten en grupo por unirse o votar a favor de diversos sindicatos, sea por su nacionalidad específica o de un taller específico. De ahí que el apoyo pueda cambiar radicalmente de un sindicato a otro, dependiendo de las visiones de los trabajadores extranjeros respecto a un programa específico del sindicato en cuanto a temas que les conciernen. La volatilidad de los vínculos con los sindicatos franceses se deriva en parte del desarrollo paralelo de organizaciones en gran parte autónomas que se dan a nivel de los talleres. En muchos casos, la cohesión de éstos se fundaba en la solidaridad nacional o religiosa. Para la década de los ochenta, los grupos de solidaridad islámica, cuyos lugares de contacto eran las salas de oración proporcionadas por la administración dentro de las fábricas, se habían convertido en una fuerza de importancia. En otros casos, los grupos revolucionarios clandestinos afectaban la forma de integración de los trabajadores extranjeros en las estructuras de los sindicatos.

El extraordinario sentido de identidad colectiva que se hizo evidente en los trabajadores extranjeros de la industria automotriz en los años ochenta se derivó de la estratificación que vinculaba a los que tenían antecedentes étnicos y religiosos similares en las líneas de ensamblaje y otros trabajos manuales. La notable concentración de trabajadores extranjeros en puestos de trabajo de poca

o escasa calificación en la planta de Renault-Billancourt era típica de las plantas automotrices que empleaban grandes cantidades de trabajadores extranjeros. Cualquier intento de explicar la certificación en los niveles bajos de la mayoría de los trabajadores extranjeros debe hacer referencia al proceso de reclutamiento. Citroën y, en menor grado, otras fábricas francesas de automóviles, deliberadamente seleccionaba a los trabajadores físicamente aptos pero escasamente educados para ocupar posiciones de trabajo manual. Se sentía que los bajos niveles de educación y un atraso general los hacían más adecuados para los empleos monótonos y a menudo físicamente extenuantes que a los franceses. De ahí que muchos fueran analfabetas.

Con pocas esperanzas de ascenso profesional, un buen número de trabajadores extranjeros en la industria automotriz se sentían frustrados con sus empleos. El desencanto y la dificultad de su trabajo se reflejaban en ausentismo y hábitos de trabajo por lo general poco disciplinados (Willard, 1984). Mientras que los patrones alguna vez apreciaban a los trabajadores extranjeros por su esfuerzo y disciplina, comenzaron a quejarse de problemas en la producción y el control de calidad. Las dudas de los patrones respecto a contratar mano de obra extranjera se concretaron en una ola de huelgas de obreros extranjeros primordialmente, que invadieron la industria en los años setenta, antes de hacer temblar sus cimientos en los años ochenta.

Estas huelgas hicieron surgir planes para la reestructuración y modernización de la industria automotriz francesa. Tanto Peugeot como Renault, las dos principales firmas (Peugeot había adquirido Citroën y Chrysler Europa a finales de los setenta), anunciaron planes de automatización de la producción a través del uso de robots industriales. La inquietud en las fábricas continuó esporádicamente hasta principios de los años noventa, pero nunca alcanzaría de nuevo dimensiones comparables a las del periodo 1973-1983. La industria de la construcción, con su tasa de sindicalización más débil, rampante empleo ilegal de extranjeros, subcontratación ampliamente difundida y el predominio de pequeños y medianos patrones, no experimentó inquietudes paralelas. No obstante, la reestructuración económica, según se veía a través de la ventana de estas dos industrias francesas, había afectado de manera desproporcionada el empleo de inmigrantes, trayendo consecuencias políticas de gran alcance.

Sin embargo, en otras industrias francesas, el empleo de extranjeros vivió un crecimiento entre 1973 y 1999. Esto fue particularmente cierto para los servicios y la industria del vestido. En otros países se han documentado desarrollos similares aparentemente contradictorios. Los migrantes son desproporcionadamente vulnerables a la pérdida del empleo durante las recesiones y los periodos de reestructuración económica en las industrias en declive, pero no en otras. Tapinos y De Rugi sugieren que “los trabajadores inmigrantes más sen-

sibles a la demanda fluctuante, parecerían ser más populares que los nacionales en los sectores sujetos a fuertes cambios cíclicos, pero también estarían en riesgo durante una recesión” (OCDE, 1994: 168).

El proceso de segmentación del mercado de trabajo

Las industrias francesas del automóvil y de la construcción fueron típicas de la situación en todos los países altamente desarrollados, en el sentido de que exhibieron un patrón de concentración de trabajadores extranjeros en los empleos menos deseables. Éstos a menudo eran insalubres, físicamente agotadores, peligrosos, monótonos o socialmente carentes de atractivo. Tal estado de cosas se conformaba por muchos factores en ambas industrias. El empleo de los trabajadores extranjeros y coloniales se había convertido en una tradición antes de la Segunda Guerra Mundial. En el periodo posterior a 1945 ambas industrias enfrentaron una seria escasez de mano de obra, problema que se resolvió a través del recurso a los extranjeros. El sistema de reclutamiento de trabajadores extranjeros legales ayudó a los patrones haciendo que el empleo y la residencia dependieran del trabajo en una cierta firma o industria –usualmente dentro de una ciudad o región– durante un periodo de varios años. Muchos obtuvieron con dificultad gradualmente la libertad para lograr movilidad en el empleo y en su lugar de residencia.

El sistema de reclutamiento canalizó a los trabajadores extranjeros hacia puestos menos atractivos. Los patrones deberían haber mejorado las condiciones de trabajo y los salarios de no ser por la disponibilidad de la mano de obra extranjera, o habrían sido incapaces de seguir en el negocio. El empleo de extranjeros de forma ilegal era raro en la industria automotriz: el tamaño de las firmas y la presencia de sindicatos fuertes lo hacía difícil. Pero era común en la industria de la construcción, donde afectó de manera adversa los salarios y las condiciones de trabajo. Esto tuvo el efecto paradójico de volver a la industria aún más dependiente de la fuerza de trabajo extranjera. A medida que el empleo en esa industria se devaluaba socialmente, los patrones con frecuencia podían encontrar sólo extranjeros para que realizaran el trabajo. Procesos similares afectaron a las trabajadoras extranjeras, las que se concentraron de manera notable en ciertos sectores de la manufactura, como el vestido y el procesado de alimentos, además de ocupaciones en el sector servicios como la limpieza, abastecimiento de comida y trabajo poco calificado en los servicios de salud. El empleo indocumentado femenino era incluso más común que el de los hombres, ya que las ideologías sobre las mujeres extranjeras como madres y amas de casa hacían más fácil integrar su papel en la fuerza de trabajo.

Había poco desplazamiento directo de los trabajadores franceses por parte de los extranjeros. Ciertos tipos de empleo fueron definidos socialmente como empleos para la mano de obra extranjera, y eran cada vez más evitados por los trabajadores franceses quienes, durante el largo periodo de la expansión de la posguerra, por lo general podían encontrar trabajo más atractivo en otros lugares. En efecto el empleo masivo de trabajadores extranjeros permitió la movilidad ascendente de muchos franceses. Este proceso general prevaleció hasta finales de los años setenta o inicios de los ochenta, cuando Francia entró en prolongada recesión y creció el desempleo.

Las estrategias de reclutamiento de los patrones contribuyeron también a la segmentación del mercado de trabajo entre los trabajadores franceses y extranjeros, algunos empresarios de la industria de la construcción preferían contratar a extranjeros ilegales, porque incrementarían sus márgenes de ganancia ya que no pagarían bonos ni impuestos por nómina, por ejemplo, además, hasta los años ochenta tenían riesgos mínimos de sanciones legales. Algunos patrones de la industria automotriz buscaban deliberadamente contratar a campesinos de baja escolaridad carentes de experiencia industrial, con el objeto de frustrar los esfuerzos de sindicalización de la izquierda. La estrategia tuvo el efecto de convertir el trabajo en la línea de ensamblaje en una opción menos atractiva aún para los trabajadores franceses. De la misma forma, los patrones de la industria del vestido encontraron que era particularmente fácil presionar a las mujeres extranjeras sin documentos para que realizaran maquilas con poca paga; por otra parte, esta situación se podía encontrar en prácticamente todos los países industriales (Phizacklea, 1990). En Francia, entre 1983 y 1991 el empleo en la industria del vestido, en su conjunto, descendió al 45 por ciento, pero el de los trabajadores extranjeros aumentó a 53 por ciento (OCDE, 1994: 40).

Eventualmente el modelo de estratificación étnica dentro de las plantas automotrices francesas se convirtió en un factor importante para la inconformidad de la fuerza de trabajo. La estrategia de divide y vencerás practicada por muchos patrones acabó por revertirse cuando los trabajadores extranjeros de la industria automotriz realizaron huelgas por la dignidad a finales de los años setenta y principios de los ochenta. La solidaridad étnica que produjo el proceso de segmentación en el mercado de trabajo, en muchas fábricas automotrices francesas fue un factor clave en la prolongación de las protestas. De igual forma se pueden encontrar paralelos en este renglón en los movimientos de los trabajadores migrantes en otros países (para Australia, véase, por ejemplo, Lever-Tracy y Quinlan, 1988).

El proceso de segmentación del mercado de trabajo es resultado, por lo general, de una combinación de racismo institucionalizado y racismo actitudinal más difuso. Esto se aplica sobre todo en países que reclutan “trabajadores hués-

pedes” bajo reglas legales y administrativas que restringen sus derechos en una forma discriminatoria. El estatus legalmente vulnerable de muchos trabajadores extranjeros refuerza, a su vez, el resentimiento contra ellos de los trabajadores ciudadanos, quienes temen que sus salarios y condiciones se vean debilitados. Esto puede combinarse con el resentimiento de los trabajadores extranjeros por razones sociales y culturales, lo que lleva a una peligrosa espiral de racismo. Estos elementos han afectado profundamente a los sindicatos y las relaciones laborales en los países que han experimentado inmigración de mano de obra desde 1945.

Inmigración, minorías y las necesidades del mercado de trabajo en el futuro

La suerte de los trabajadores marroquíes despedidos de la industria automotriz en Francia fue emblemática de un conjunto de problemas críticos a los que tuvieron que enfrentarse muchas democracias industriales. Todavía a principios de los años ochenta, una planta automotriz en el área típicamente parisina terminaba a mano los trabajos de pintura. Por lo general, equipos de trabajadores inmigrantes lo hacían y en muchos casos eran marroquíes. De todos los trabajadores marroquíes empleados en Francia en 1979 tan sólo en la industria automotriz estaba una cuarta parte de ellos. Se les reclutaba porque estaban deseosos de trabajar, existían redes de reclutamiento, además, tenían la reputación de ser un pueblo trabajador y aptos físicamente. Para 1990 la mayoría de los equipos de pintura habían sido reemplazados por robots. Muchos trabajadores quedaron sin empleo, y debido a la falta de antecedentes educativos, había poca esperanza de capacitarlos para que tomaran puestos que requirieran antecedentes escolares más avanzados. Su única esperanza para volver al empleo se basaba en hallar otro puesto manual que necesitara relativamente poca capacitación, pero esos puestos estaban desapareciendo.

A mediados de los años ochenta, en Europa occidental la reestructuración económica tuvo como resultado tasas de desempleo alarmantemente altas para los residentes extranjeros. En el año 2002, sus tasas de desempleo por lo general se encontraban muy por encima de las de la población en su conjunto. Todo indica que en el futuro cercano habrá todavía un superávit de trabajadores manuales respecto de las oportunidades de empleo. Las oportunidades se encontrarán sobre todo en el sector altamente calificado donde ya son visibles los déficit que continuarán en el futuro, o en la economía informal.

Las dificultades en el mercado de trabajo de los trabajadores despedidos se hacían más complejas por varias otras tendencias preocupantes. Los hijos de inmigrantes comprendían una porción creciente de la población en edad esco-

lar, pero tenían una probabilidad desproporcionada de tener un bajo rendimiento en la escuela, desertar tempranamente de ella, o entrar a la fuerza laboral sin el tipo de credenciales educativas y vocacionales que se requieren cada vez más para un empleo bien remunerado (Castles *et al.*, 1984: capítulo 6). Pero el escenario para los socialistas franceses implicaba a los descendientes de los trabajadores marroquíes despedidos de la industria automotriz, quienes dejaron pronto la escuela y se enfrentaron a raquíticos prospectos de empleo. El temor era que se llegara al síndrome del gueto al estilo de Estados Unidos, donde generaciones sucesivas de una población étnicamente distintiva queda atrapada en un círculo vicioso de desempleo que conduce al fracaso escolar y luego a la discriminación socioeconómica y finalmente a problemas en la vivienda.

Francia se enfrentó con una lucha cuesta arriba para asegurar que los miembros más vulnerables de la sociedad gozaran de una dosis razonable de igualdad de oportunidades. Los inmigrantes y sus descendientes conformaban una buena porción de la población en riesgo. Tal era la principal motivación detrás de los esfuerzos de Europa occidental por evitar la inmigración ilegal. Por lo general se sentía que la población más adversamente afectada por la competencia de parte de los extranjeros ilegales en los mercados de trabajo era la compuesta por las minorías existentes. Los efectos económicos generales de la inmigración suelen concebirse como marginalmente positivos (US Department of Labour, 1989; Borjas, 1999: 12-13). Pero los efectos en el mercado de trabajo de la inmigración y en particular de la ilegal son desiguales y se concentran espacialmente. En Estados Unidos algunos especialistas pensaban que los ciudadanos afroamericanos e hispanos eran los dos grupos más afectados por la inmigración ilegal. Sin embargo, estas conclusiones fueron cuestionadas y muchos grupos de defensa de hispanos vieron la inmigración ilegal como un flujo de entrada benigno, si no es que positivo, dado que aporta trabajadores muy necesarios, ayuda en los procesos de reunificación y de formación de comunidades.

Conclusiones

Este capítulo argumenta que la reestructuración económica desde los años setenta ha hecho aparecer nuevos flujos de inmigración y nuevos modelos de empleo de los inmigrantes. La ascendente diversificación de las situaciones de trabajo de éstos y sus efectos en los mercados de trabajo ha sido una consecuencia significativa. Una importante revisión de literatura sobre los impactos macroeconómicos de la inmigración desde mediados de los años setenta, señala que los estudios convergen “en concluir que la inmigración no causa la saturación del mercado de trabajo y no deprime el ingreso de los nacionales... Ésta

es quizás la contribución más importante que han hecho los economistas para clarificar los temas implicados” (OCDE, 1994: 164).

Quienes se oponen a la inmigración suelen argumentar que daña a los trabajadores de los niveles bajos al quitarles sus empleos y que puede dañar la economía del país receptor al afectar la balanza de pagos, causando inflación y reduciendo el incentivo para el mejoramiento de la productividad y el progreso tecnológico. Los economistas en países de inmigración de larga data como Estados Unidos y Australia han llevado a cabo gran número de investigaciones empíricas y análisis econométricos sobre estos tópicos. En Europa, en contraste, esa investigación se encuentra en pañales. El Consejo Nacional de Investigación (CNI) presentó hace poco un reporte llevado a cabo por un panel de los principales economistas y otros científicos sociales estadounidenses arrojó que el impacto agregado de la inmigración en la economía estadounidense era bastante pequeño. Sin embargo, encontraron que la inmigración “produce ganancias económicas netas para los residentes domésticos por varias razones. En el nivel más básico los inmigrantes incrementan la oferta de mano de obra, ayudando a producir nuevos bienes y servicios. Pero dado que se les paga menos de lo que representa el valor total de estos nuevos bienes y servicios, los trabajadores nacionales como grupo deben sacar ventaja” (Smith y Edmonston, 1997: 4). Ahora bien el reporte continúa para advertir:

Sin embargo, aun cuando la economía en su conjunto obtiene ganancias, puede haber perdedores al igual que ganadores entre los diferentes grupos de residentes estadounidenses, junto con los inmigrantes mismos, quienes ganan son los propietarios de los factores productivos que se complementan con la mano de obra de los inmigrantes –esto es trabajadores nacionales altamente calificados, y quizá propietarios del capital– cuyos ingresos se incrementarán. Aquellos que compran bienes y servicios producidos por la mano de obra inmigrante también se beneficiarán. Los perdedores serán los trabajadores nacionales menos capacitados que compiten con los inmigrantes cuyos salarios descenderán (Smith y Edmonston, 1997: 5).

Este hallazgo no es inesperado, pero no por ello menos importante. Grupos en competencia de trabajadores locales pueden, con razón, verse amenazados por la inmigración, lo que explica el que algunas personas de la clase trabajadora estén dispuestas a apoyar a los partidos que se oponen a la inmigración. Empero, los estudios econométricos realizados por el panel del NRC, revelaron que “la inmigración ha tenido un impacto adverso relativamente pequeño en los salarios y las oportunidades de empleo de los grupos nativos en competencia”. Es evidente que el impacto menor se debe al efecto de dispersión de la migración –donde descienden los salarios, los trabajadores tienden a trasladarse hacia áreas en las que éstos son mejores (Smith y Edmonston, 1997: 7).

Los economistas australianos han estudiado la migración por muchos años, dado que ésta ha sido el motor del crecimiento económico de su país desde los años cuarenta (Wooden, 1994; Castles *et al.*, 1998; Foster, 1996). Un estudio reciente llevado a cabo por el economista Will Foster concluye:

... que la inmigración impacta en la economía tanto el lado de la demanda como el de la oferta. Los inmigrantes generan empleos al igual que los ocupan; pagan impuestos al igual que exigen al gobierno; traen consigo fondos del extranjero y contribuyen a mayores exportaciones al igual que las importaciones... Pero más allá de su mera presencia, la evidencia de la investigación muestra que los efectos en la demanda y la oferta, de hecho se equilibran entre sí con tal precisión que apenas pueden detectarse impactos marginales para cualquiera de los indicadores económicos clave... Al grado de que cualquiera de las medidas usuales de la salud económica han sido afectadas significativamente, la evidencia es que la inmigración por lo general ha sido benéfica para la economía australiana, para los prospectos de empleo y los ingresos de los residentes australianos (Castles *et al.*, 1998: capítulo 3).

Los patrones de segmentación del mercado de trabajo por género y origen étnico que habían surgido en los años setenta, por lo general han continuado y de muchas formas incluso se han hecho más pronunciados en los años noventa. Pero el crecimiento de la migración ilegal, las continuas deficiencias en las estadísticas y la creciente interdependencia transnacional, de la que la migración internacional es una parte integral, hacen difícil generalizar sobre los efectos de los inmigrantes en el mercado laboral. Al escribir acerca de las mujeres inmigrantes, Morokvasic señala que “probablemente es una ilusión hacer generalizaciones basadas en estos hallazgos en diferentes partes del mundo... Sólo pueden ser interpretados dentro del contexto socioeconómico y cultural específico en el que se observan tales cambios” (Morokvasic, 1984: 895). Hay variaciones tremendas en los modelos de empleo de los inmigrantes según los antecedentes étnicos, nacionales, de género, de tiempo transcurrido desde el arribo, condición legal, educación y entrenamiento. Complican aún más el asunto las estructuras económicas diversas, políticas gubernamentales, patrones de discriminación y tradiciones legales.

En Europa occidental un estudio (Commission of the European Communities, 1990) documentó el continuado patrón de desventajas al que se enfrentan los inmigrantes en el empleo, la educación y la vivienda. La discriminación continuó a pesar de las políticas de integración de muchos gobiernos. La desigualdad es a menudo intergeneracional y plantea un grave desafío a las tradiciones sociales y democráticas de Europa occidental. En Estados Unidos el paso del tiempo ha sido testigo, en general, de una movilidad intergeneracional ascendente para los inmigrantes de origen europeo. La pregunta esencial

que se puede plantear acerca de los inmigrantes a Estados Unidos es: ¿serán los inmigrantes mexicanos o dominicanos como lo fueron los inmigrantes irlandeses e italianos del siglo XIX y principios del XX? Parece demasiado pronto para responder esta pregunta, pero la movilidad intergeneracional mostrada por oleadas previas de inmigrantes ha generado un contexto y una expectativa más optimistas de las que prevalecen en Europa occidental. Algo muy similar podría decirse para Australia y Canadá. Sin embargo, Borjas ha mostrado fuertes evidencias de que la desventaja intergeneracional para los migrantes pobres con poca educación y sus hijos en Estados Unidos estaba surgiendo como patrón (Borjas, 1999).

La discriminación institucional e informal han contribuido claramente a la desventaja de los inmigrantes. En Europa occidental la discriminación inherente en las restricciones en el empleo y la vivienda, que son característicos de las políticas de los trabajadores huéspedes, canalizaron a los inmigrantes hacia sectores económicos y tipos de trabajo específicos. El análisis del empleo de trabajadores extranjeros en las industrias automotriz y de la construcción demostró los efectos desproporcionados de las pérdidas de empleo a través de la reestructuración económica desde los años setenta. Sin embargo, en los ochenta el empleo de inmigrantes en Francia aumentó en forma notable en el creciente sector de servicios. Los extranjeros legalmente residentes gozaban de un estatus legal más seguro y de mayores derechos que en el pasado; lo cual permitió a muchos extranjeros el ajustarse a la reestructuración. Algunos migrantes han desarrollado sus propias estrategias para lidiar con las desventajas del mercado de trabajo. La sindicalización de empleados extranjeros en Europa occidental y movimientos como los que se vieron en la industria automotriz francesa significaron formas de adaptación. La proliferación de los empresarios inmigrantes fue otra.

La segmentación del mercado laboral es un elemento central en el proceso que lleva a la formación de minorías étnicas. Tiene además vínculos complejos con otros factores que llevan a la marginación de grupos inmigrantes (véanse capítulos 1, 8 y 9). El trabajo de bajo estatus, las altas tasas de desempleo, las malas condiciones de trabajo y la falta de oportunidades de promoción, son a la vez causa y resultado de otros determinantes del estatus de minoría: discapacidad legal, estatus inseguro en la residencia, concentración en la vivienda en áreas en desventaja, escasos prospectos educativos y racismo.

Algunos sociólogos señalan que en la década de los noventa el conflicto entre el trabajo y el capital ya no es el principal tema social en las sociedades avanzadas. Éste ha sido reemplazado por el problema de la *exclusión* de ciertos grupos respecto a la sociedad dominante. Tales grupos están económicamente marginados por inseguridad en el empleo, bajos salarios y desempleo frecuente; lo son además socialmente por su escasa educación y su exposición al crimen,

la adicción y la desintegración familiar; a más de políticamente por no tener capacidad para influir en la toma de decisiones en cualquiera de los ámbitos de gobierno. Todos estos factores se unen para producir marginación espacial: la concentración en ciertas áreas urbanas y suburbanas, donde las minorías de diversos tipos son orilladas, prácticamente aisladas y olvidadas por el resto de la sociedad (Dubet y Lapeyronnie, 1992). Ciertos grupos de inmigrantes han tenido una alta propensión a sufrir la exclusión social. Se encuentran en doble desventaja: no sólo están entre los grupos con más desventajas en la sociedad contemporánea, sino que con frecuencia se les etiqueta también como causa de los problemas. De ahí que los inmigrantes experimenten una ola creciente de racismo, la que los aísla todavía más. Este proceso de formación de minorías étnicas se discute en los siguientes capítulos.

Lecturas recomendadas

Böhning (1984) proporciona perspectivas comparativas sobre los migrantes en el mercado de trabajo. El trabajo de Sassen (1988) también es significativo para este tópico. Borjas (1990) y Portes y Rumbaut (1996) examinan la situación de Estados Unidos. El trabajo anterior de Piore (1979) todavía es útil. Lever-Tracy y Quinlan (1988) y Collins (1991) ofrecen análisis para Australia. Waldinger *et al.* (1990) es una obra excelente sobre pequeños negocios, en tanto que Phizacklea (1990) examina los vínculos entre género, racismo y clase, a través de un estudio de caso de la industria del vestido.

Además de su reporte anual titulado ahora *Trends in International Migration*, la OCDE ha producido un flujo significativo de reportes y publicaciones atinentes al tema. Muchos de ellos son resultado de congresos internacionales, entre ellos *The Changing Course of International Migration* (1993) y su sucesor, *Migration and Development* (1994). *Combating the Illegal Employment of Foreign Workers* (2000) ofrece importantes reflexiones acerca del empleo ilegal de los migrantes.

Entre los trabajos importantes sobre la globalización y el empleo de los migrantes Stalker (1994, 2000) y Castles (2000) ofrecen una visión global del empleo migrante. Libros clave de los últimos años sobre la economía de la migración internacional son los de Portes (1995), Borjas (1999) y su compilación (2000), y Rotte y Stein (2002). Los múltiples libros de Philip L. Martin sobre la economía de la migración (1991-2002) son importantes. Sobre Australia, véase Castles *et al.* (1998). Sobre el Reino Unido, véase Glover *et al.* (2001). Para una influyente perspectiva de Estados Unidos, véase *Committee for Economic Development* (2001).